



MATERIA
AM01

PEDAGOGÍA DE LA ORACIÓN

GENERALIDADES

MATERIA
AM01



En esta materia vamos a abordar las fichas de una manera diferente, lo haremos desde unos fundamentos específicos para que cada comunidad pueda crear su propia pedagogía oracional.

La pedagogía es la ciencia que conduce al aprendizaje; es el arte de enseñar, orientado a la comprensión. Esta ciencia aplicada a la oración, sus técnicas y métodos, nos permitirán alcanzar el fin de la relación-amistad que es la experiencia de unión con Dios.

Con esta materia no se pretende transmitir información, pues al ser una parte esencial de nuestra vida carismática, lógicamente conocemos ampliamente el tema Oración, sino más bien se busca orientar y resaltar la propia experiencia oracional y que a partir de allí comunitariamente puedan construir su propio itinerario.



Es ineludible que nuestra experiencia esté marcada por el proceso pedagógico de la Santa, lo que nos lleva a una constante referencia:

“Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace que haya comunicado estas cosas a personas que las podamos venir a saber, para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza y nos esforzaremos a no tener en poco almas con que tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella” (7M 1,1).

Este proceso que sugiere la Santa es el resultado de su propia experiencia, representado a través de descripciones, observaciones, avisos y consejos. A esto le llamamos “Principios Pedagógicos”. La invitación de esta materia es a hacer nosotras lo mismo.



Para poder identificar y resaltar los aspectos esenciales que distinguen y hacen particular la propia experiencia oracional es necesario conocer:

1. ¿Quién es el que ora? pautas dadas en la ficha 1, donde se puntualiza la importancia del conocimiento propio, como elemento vital en el proceso oracional. En esta ficha se sugieren interrogantes para conducir la reflexión al respecto.

2. En la ficha 2, En esta ficha abordamos la Persona más importante del encuentro oracional: El Amigo. Daremos respuesta a la pregunta ¿Quién dices que soy yo?, que Jesús formuló a sus discípulos en su momento y que hoy nos pregunta a nosotras.

La tarea es revisar nuestra propia vida, el qué vamos diciendo como orantes con nuestras acciones, reflejo de nuestro ser.

Nos preguntaremos por nuestra imagen de Dios, la cual nos va a descubrir el quién somos en relación a él, porque el proceso oracional nos va a llevar a encontrarnos con la revelación del Padre que nos trae Jesús con su mensaje del Reino. Por lo tanto, nuestro proceso oracional conlleva una transformación en germen y la construcción de la civilización del amor, he allí nuestro aporte oración-misión.



3. Así mismo, es indispensable reconocer cómo es la relación del orante con el entorno, lo que representa la garantía del cómo de la relación con el Amigo. En esta ficha 3 sugerimos interrogantes para dar solidez a las reflexiones comunitarias.

4. Teniendo en cuenta que el orante es un ser complejo, les invitamos a estudiar la ficha 4 de un modo detenido, apoyadas en la lectura y profundización de las páginas desde la 13 a la 34, del libro Oración Cristiana de Fr. Rafael Checa (CEVHAC. 1998), adjunto como material anexo en nuestra página web.

5. En la ficha 5 la invitación es a profundizar comunitariamente en torno a la pregunta ¿De qué hablamos con este amigo?, considerando que en ella se condensa la razón de ser Carmelita Descalza. Para ello sugerimos un trabajo práctico y de construcción comunitaria, a partir de la experiencia de cada hermana.

6. El trabajo final (evaluativo) es la elaboración de un itinerario oracional donde se trace la ruta que han recorrido comunitariamente en materia de oración, como una invitación a que otros hagan lo mismo. Para ello se les sugiere la metáfora del viaje para recrear la presentación de dicho itinerario. Ficha 6.



Finalmente, en esta materia se espera podamos identificar y precisar el camino realizado personal y comunitariamente, para direccionar con mayor claridad nuestra entrega a la luz de las necesidades y características del mundo actual.



GENERALIDADES

¿Quién es el que ora?

FICHA 1



ANTROPOLOGIA DE LA ORACIÓN (HOMO ORANS)

Premisa

Respecto a la oración la pregunta más radical no es la que se refiere al “por qué”, sino la del “quién”, del sujeto orante. Todavía más importante que saber el fin por el que se ora es, de hecho, conocer quién es el que ora. La pregunta sobre por qué se ora está subordinada a la pregunta sobre la identidad de aquél que ora: ¿la criatura o el Creador? ¿El impulso nacido o la voluntad de prestar servicio al propio Dios? ¿El corazón humano o el Espíritu? ¿El individuo o la comunidad? También las varias tipologías de oración que podemos comprobar – alabanza, bendición, súplica, arrepentimiento, contestación – no son otra cosa que articulaciones de este mismo tema: la oración es cuestión de sujetos mucho más que de contenidos y, tal vez, precisamente en la situación de los orantes se busca su rostro más auténtico y secreto.

La oración es una realidad que toca la identidad profunda del hombre y su innato deseo de comunicarse desde la tierra con el cielo¹. Este deseo y muchos intentos y modalidades de

¹ L. BONSON-J.GRIS, Oración en Grecia; J. GRIS, Oración en el Medio Oriente antiguo y en Egipto, en P. POUPARD (dir.), Grande Dizionario-delle Religión, Casale Monferrato (AL.) 2000, pp. 1682-1683; 1685-1689.



escucharlo cambian no sólo la relación con el Absoluto y la idea de Él, sino que transforman las relaciones humanas, la imagen que tenemos de nosotros mismos y las relaciones con los demás, porque quien sea el que ora tiene un rostro preciso y su historia de hombre y de mujer. El que ora es semejante a un peregrino de la noche, a uno que vive en la noche sin jamás perder el deseo y la esperanza del alba. Tener abierta la comunicación entre el cielo y la tierra, sin pretender encerrar a Dios en nuestras ideas, por muy nobles que ellas sean, éste es el peregrinaje al cual nos invita el corazón orante de todo hombre, con la confianza de quien sabe que el “Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque aunque no sepamos qué cosa sea conveniente pedir, el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros, con gemidos inefables” (Rom.8, 26).



En el misterio de un encuentro

“Entra, y quédate solo. En apariencia, al menos, porque está Dios. De dónde viene no lo sé: quizá lo llevaste contigo cuando entraste, o lo suscita la soledad, es lo mismo”².

Nos introducimos en el misterio del encuentro entre Dios y el hombre, que se entrecruzan entre sí. En la Biblia encontramos un texto, el salmo 139, fácilmente accesible a la situación existencial evocada por la cita. Es la historia de una huida imposible de Dios³: a dondequiera que vayas para evitarlo, o para encontrarlo en el deseo del encuentro o en el afán por su ausencia, tú debes hacer las cuentas con él⁴, lo adviertes presente.

²J.GENET, *Ilfunambolo*, Milano 1997, p.123.

³Sobre el tema de Dios en búsqueda del hombre: B. CALATI, *Pregiera*, in DIM. Pp. 1037-1038; A.RIZZI, *Dios in cerca dell'uomo*, CiniselloBalsamo (ML) 1987, pp. 40-47.

⁴Cf. F.MAURIAC, *Vita di Gesù*, Milano 19774, p.225.



Puede, ciertamente, ser un fantasma o una obsesión, sobre todo cuando se vive una religiosidad un poco fanática, y hecha sólo de miedos y de juicios amenazadores. Pero puede ser también la ocasión para “fijar tu imagen”. La luz que Dios arroja sobre su criatura puede ciertamente revelar algo de sí, pero sobre todo manifiesta que estamos en el bien y en el mal. Por esto advertimos la necesidad de encontrar a Dios y, para hacerlo, es necesario estar solos y en expectativa.

Quien está oscurecido por otras figuras, deslumbrado por otras luces, distraído por otras cosas no logra captar sus pasos silenciosos, su palabra secreta, su intimidad. Sólo en el silencio interior lo descubrimos a él y a nuestra alma, y finalmente sabemos que es él y que somos nosotros.

⁵J.GENET, *ilfunambolo*, o.c. p. 123.



La oración es, entonces, experiencia de silencio y de estupor, de palabras no dichas y de deseo, de expectativa y de escucha de Él que tarda...pero vendrá! "Aquel paso se detiene junto a mí: ¿y mi tiniebla no es la sombra de Su mano acariciadora misma? ¡Ah entenebrecido, ciego, débil más que todo, soy yo quien te anda buscando! ¡Tú alejas al Amor de ti, si te alejas de mí" ⁶.

El itinerario que hay que recorrer, idealmente condividido con todos los buscadores del Absoluto evoca el camino de Emaús, a través del cual como viandantes trastornados, desalentados frente a una fe que parece imposible, trágica, limitada, cerrada en el sepulcro y sellada por una pesada piedra, percibimos que el corazón arde en el pecho (cf Lc 24,32).

La "fe" podría evocar una imagen diversa, remota y que libera de Dios y del "hablar con él".

⁶F. THOMPSON, Ilseguagio del cielo e altre poesie (bajo el cuidado de Mauro Del Serra), Pistoia 2000, (pp 49-51).



La oración una vez arrancada de su cielo y desarraigada de su tierra, reviste una fisonomía seductora y libre. Ella no se presenta como una hipoteca que pesa sobre el destino del hombre, sino como una mirada hacia un cielo hipotético de los vastos horizontes prometedores y como tierra habitable, como motivo y como paisaje que todavía hay que explorar.

Estamos en la calzada de Emaús, para ser iniciados en los albores de una fe que parece imposible, trágica, limitada, amaestrados por la fuerza potencial, libre y liberadora. Somos precristianos y postmodernos, hemos perdido nuestros ídolos, las creencias, se han borrados los sueños políticos, religiosos y todo proyecto de vida. Estamos en un punto muerto y ante la sentencia resolutiva del pensamiento débil.

Nos quedan las heridas y las desilusiones, el diálogo de los desesperados, una perspectiva sin prospectiva, una condisión de la desconfianza. Estamos en el crepúsculo de los dioses, pero en el horizonte de todo hombre se anuncia el alba del Dios-que-viene, en el que muerte y vida, desconfianza



y renacimiento, revelación y ofuscación, palabra potente y gesto humilde no se excluyen. Este Dios está rodeado del corazón inquieto de todo hombre, y Él se deja entrecruzar dondequiera, y al alcance de nuestras manos. Un Dios invocado, consciente o inconscientemente, por todo hombre, fascinado por esta presencia kenótica, que tiene un débil por el otro.

Un grito “despedazado”

El hombre postmoderno va a la búsqueda de un Dios que parece el patrón de una actitud ya desacostumbrada, como anticuado o bien siempre actual, la de la “fractura”, de “aquel gracioso énfasis del descuido de sí, un rasgo que encontramos tanto en los preceptos de la educación mística como en los de la ciencia mundana. Es una briosa, gentil impenetrabilidad a la violencia y bajeza del otro, una aceptación imposible de situaciones inmodificables, signo de una completa libertad de destino, inflexiblemente medida, sin embargo, sobre una ascesis cubierta”. No ha habido grandes civilizaciones y no ha habido y no hay hombres y mujeres que no sean religiosos:



El hombre es por su naturaleza homo religiosus, siempre ávido de una espiritualidad y de una fe que le abren el horizonte del aquí y ahora, hacia un no todavía capaz de dar plenitud a su vida.

Desde milenios, por su universalidad unida a una extrema diversidad, el fenómeno religioso no ha cesado de nutrir la reflexión de los hombres y de suscitar, a través de los grandes espacios socio-culturales del universo, interrogativos esenciales.

El deseo de Dios está ínsito en el corazón del hombre, irreducible a la sola materia, abierto al infinito.

El homo religiosus no emerge de los mundos antiguos, él está en el corazón de la historia misma de la humanidad. Y el rico terreno de la experiencia humana ha visto surgir un número sorprendente de religiones, en el intento de responder a este deseo de plenitud y de felicidad, a esta necesidad de salvación, a esta búsqueda de esperanza. Con esta última la humanidad ha comenzado a ver ya no hacia atrás, a los modelos míticos del pasado, sino



hacia el futuro, al no todavía que será y que, en el momento en que será, llevará a todos plenitud de paz y de felicidad.

En busca de coherencia y de felicidad, de comunión y de reconciliación, de sabiduría y de salvación, el hombre satelital como el de las cavernas, encuentra en la experiencia religiosa la realidad de lo sagrado que funda su existencia, trasciende su finitud y asegura a su precaria aventura terrena relaciones seguras y un horizonte de eternidad. Acaba por pensar que la esperanza, entendida como mirada tendida hacia otra parte situada en el futuro, forma parte de la estructura misma de la antropología humana. De hecho, la vida sin esperanza sería inconcebible y la felicidad, a la cual todos tendemos con decisión, sea individualmente sea colectivamente, está proyectada espontáneamente hacia el futuro, a un mañana que todavía debe venir. Y sin embargo, aunque pueda parecer extraño, la mayor parte de las culturas humanas más que la mirada tendida hacia el futuro conoce la mirada vuelta al pasado y en él la felicidad; más que la espera de lo que será, es más bien



la imitación de lo que da siempre y ya dado, como el agua de un río o de un lago al cual tornar y retornar día a día para apagar la sed y bañarse.

Es a esta esperanza, motor de la vida y de la historia, idea, y ante todo sentimiento, que vemos, para seguir sus huellas, para seguir su recorrido a lo largo del camino del hombre, y trazar el mapa de los santuarios del estupor generado desde siempre en el encuentro entre el Absoluto y el finito. Sobre el estupor de la humanidad podemos decir en primer lugar que es una especie de escalofrío religioso frente a una realidad tan inmensa e imponente como la de "Dios" del que ella se siente dominada e invadida, y en segundo lugar que se trata de una forma de conciencia estática, que, más que una verdadera y propia inconsciencia, es una especie de tácito saber o de conciencia muda.



Oración y oraciones

La oración constituye una experiencia religiosa fundamental, para el hombre de toda latitud o confesión religiosa.

Donde hay fe, allí hay oración, sea también en formas y cantidades diversas. Así, no es posible tomar en consideración la experiencia de la fe, sin llegar antes o después a hablar de la oración. La oración representa una especie de papel de tornasol, porque consiente captar y verificar qué género de fe se encuentra a la base de la vida de una determinada comunidad humana, qué imagen de Dios esté presente, qué incidencia tenga la religiosidad en la vida. Sin embargo, para hablar de modo correcto de la oración como experiencia del hombre en cuanto tal, del homo orans, es necesario distinguir la oración de las oraciones.

Aquella es una actitud del corazón, antes que una serie de prácticas y fórmulas, un modo de estar frente al Tú de Dios antes que el realizar actos de culto o el decir palabras a Dios. La oración tiene su centro y profundiza sus raíces en lo más profundo de



la persona. Por esto ella no es fácilmente descifrable y descodificable, y por el mismo motivo, puede estar sujeta a verdaderas y propias falsificaciones. En este sentido podemos entender la expresión: orar es difícil. De hecho, la oración es el lugar por excelencia de la gratuidad, el terreno del encuentro con el invisible y, a menudo, del insensible, del incomprensible, del inesperado y del inefable. Para toda criatura humana es difícil y arduo amar a un Ser del que ella nunca ha visto su rostro. Por eso, para toda la experiencia de la oración es una lucha hasta el último respiro, una "gracia" que hay que pedir, un don de Aquél al que nos volvemos.

Sucede, entonces, que se nos interroga sobre la oración y quedamos sin palabras, porque se trata de una experiencia de vivir y no de contar según los cánones clásicos de la narración. Toda reflexión sobre el sentido y sobre las razones de la oración no puede más que revelarse una mediación signada por la indigencia y por eso, en cierto sentido, una "mentira". Entre las experiencias del hombre, de hecho, ésta es una entre las más difíciles de catalogar porque nace de lo específico antropológi-



co, pero después se eleva, va más allá de lo humano y se relaciona con el otro, el divino, el absoluto, el Ser, a Dios.

Criaturas de rodillas

En la conciencia de la relación con esta suprema Alteridad, la oración es un ponerse de rodillas. La expresión puede parecer reduccionista desde el punto de vista de los contenidos mediatos, en realidad es rica desde el punto de vista evocativo y concreto, sensible y representativo de los significados intrínsecos que contiene. El hombre de rodillas tiene en sí toda la ambivalencia de la expresión y de la actitud: puedo ser obligado a ponerme de rodillas –condición de indigencia y de esclavitud-, pero puedo arrodillarme espontáneamente, declarando mi limitación, por tanto mí tener necesidad de otro. A él le declaro que soy débil, necesitado, “pecador” y limitado, incluso en el número de los días de mi existencia, es decir soy mortal y finito.



En la experiencia de la oración la criatura humana expresa todo el conocimiento de sí y todo lo que logra captar de la propia existencia y, al mismo tiempo, dirige el todo de sí hacia el Ser frente al cual está, dirige la propia oración al otro reconocido, por ciertos aspectos, capaz de llevar a cabo, de poder ayudar a superar la indigencia descubierta en la propia vida.

El estar delante de alguien, el ponerse de rodillas frente a una Alteridad reconocida como "más grande", hace evidente que la oración nunca es un replegarse sobre sí mismos, una especie de narcisismo auto-contemplativo, un espejo en el cual admirar complacidos la propia imagen o desahogar las propias frustraciones, sino un moverse hacia crear una relación dialógica con Otro. En este mirar hacia otro, en este dirigirse "más allá" está la esencia de la oración como experiencia de relación con una realidad que supera lo sensible y lo empírico, lo contingente y lo racional, para abrirse a un horizonte más amplio, a uno más ofrecido a mi humanidad. Es decir, descubro precisamente a través de la oración que puedo llegar a una mayor humanidad, no en el sentido estricto de la canti-



dad, sino de la calidad.

El sentido, entonces, de ser “homines orantes” es para individuar en una tendencial adhesión de responsabilidad en las confrontaciones de mí mismo llegar a ser hombre, en la primaria necesidad de procurar la relación con el Otro, en la perspectiva del diálogo confiado. A partir de esto será posible realizar un camino orante que mire a componer en unidad el vivir humano, hacia una responsabilidad y una participación siempre más vigilantes y atentas a la complejidad de la historia que se desarrolla dentro de mí y alrededor de mí.

Ser hombres verdaderos

A lo largo de este itinerario orante no se verifica “incompatibilidad” entre Dios y el hombre, aunque el hombre experimenta continuamente las propias limitaciones. Este ámbito de reflexión se entrecruza con la experiencia de la oración como ejercicio que ayuda a “hacer la verdad” sobre el propio modo de ser hombres.



El “homo orans” será persona que decide delante de un Otro en sincera relación con Él. El haber conscientemente cambiado el centro del universo de sí al Otro permite al hombre reconsiderar y revalorar también todas sus relaciones con los demás semejantes.

La realidad de la oración contempla ante todo un conjunto de relaciones y una novedad al interior de ellas, porque en nuestra existencia se ha verificado una cosa particular, específica: se ha instaurado una relación, no como todas las demás, sino capaz de recentrar, de recalificar y de recomponer en unidad el mosaico de nuestra vida. Expresada en estos términos, la cuestión llama como causa el lazo de la oración con los modos y significados asumidos en aquel ponerse de rodillas delante del Otro, reconocido como tal.

Haber dicho de sí a un Ser-Otro no se convierte sólo en un hecho de racionalidad, que denuncie un modo de vivir sensato, sino es sobre todo decir de sí a un estilo de vida, que nos habitúa a obrar de un modo preciso en todas las situaciones y las relaciones en las cuales nos encontramos. No se trata de



llevar a cabo alguna vez un gesto heroico o clamoroso, sino que viene cuestionada la continuidad en el vivir, la “sistematización existencial” que hace explícito el deseo y la voluntad hacia la experiencia de la oración. Vivir la experiencia de la oración, en cualquier latitud antropológica, significa en qué medida confiar la propia vida a Uno, que reconocemos el único capaz de dar sentido y unidad a la fragmentación y a la fragilidad de nuestro vivir: decidimos esto después de haberlo conocido, comprendiendo el peso y la gravedad del compromiso que asumimos con plena responsabilidad en la vida y no sólo una adhesión ideal.

En la fenomenología de lo humano

La oración constituye, por tanto, un acto extremadamente importante desde el punto de vista antropológico y de la fenomenología de lo humano, en cuanto manifiesta el sentir religioso, hace visible la experiencia del creer, traduce en gestos, palabras y acciones capaces de manifestar la relación con el Otro, con el “Divino”. En este sentido



podemos afirmar que la oración verifica la religión, pero al mismo tiempo no es el respiro y la prueba verificativa más elocuente y eficaz. La oración, como experiencia humana universal, no trata ante todo de individuar cada comportamiento, sino que se orienta hacia la persona en cuanto tal, bien atenta a toda su expresión.

En primera instancia, por tanto, la actitud orante no está “interesada” en lo que la persona debe decir o hacer, sino en esto y “en cómo debe ser, en particular está orientada a hacer ciertamente que el orante lleve a término la propia finalidad, es decir el encuentro con el Tú.

Cuando hablamos de oración, como experiencia universal, la relación va en último análisis a aquella interioridad en la que cada uno se ha tomado todo a sí mismo, como conocimiento, comprensión, decisión, apertura y en la que cada uno es el único sujeto y no el objeto de reflexión sobre sí mismo. Esta experiencia más profunda de sí está siempre presente en las formulaciones sinceras de oración pertenecientes al alma humana.



Tal modo de entender y de vivir el fenómeno y la realidad de la oración no es ni de una particular ideología ni de una particular actitud religiosa, en cuanto las mismas apreciaciones adoptadas, sobre la profundidad de la experiencia del Absoluto, pertenecen, si ciertamente con acentuaciones diversificadas, también a personas que hacen profesión de agnosticismo o de ateísmo. Pero cuando el Absoluto ya no se concibe como una realidad neutra e impersonal, completamente, separada de la experiencia y de la vida del hombre, se hace consciente del hecho de que tal realidad puede ser comprendida y explicitada en los términos propios de la experiencia humana.

En este sentido toda experiencia de oración sucede con la más profunda convicción, no siempre y no del todo explícitamente refleja o declarada, de la existencia del Absoluto, del divino. Entonces la experiencia de la oración viene acogida como don recibido, partícipe de la absoluta libertad del divino, y se hace "deber" incondicionado y "lugar" de realización y de felicidad. La oración se hace de este modo, una posibilidad de maduración



en el plano de la verdad del sujeto. No es una búsqueda de la verdad en términos teórico-filosóficos, sino de verdad que el sujeto busca en sí mismo, en su identidad en cuanto abierto a un Ser que está más allá.

No se trata de un sector “aparte” de la vida que hay que contraponer a todo el resto de nuestro vivir personal e histórico, aunque siempre debería aparecer el lazo que existe entre oración y vida, entre contemplación y vida. Ciertamente, la oración es a menudo también experiencia de soledad del hombre, que se siente peregrino, insatisfecho del presente e inclinado hacia el futuro, en estado de éxodo hacia otra tierra diferente, porque extraño aquí, nunca radicado ni acogido, pero completamente realizado.

La oración, como la fe, no es la conclusión de un razonamiento, sino que es, en definitiva, un acto de libertad. No hay nada más grande para un ser libre, como el hombre, que someterse – ponerse de rodillas – al Otro por amor, responderle porque se le reconoce capaz de hacer sensata nuestra existencia. Esto equivale a declarar, siempre en la libertad,



que es el lazo con él para ser vital en nuestra existencia. De este modo el hombre, en la experiencia de la oración, se revela a sí mismo por lo que es, en la autenticidad de su modo de comprender relaciones y valores, actitudes y convicciones, sin barreras defensivas o falsificadoras, sin andamiajes de ningún género.

El conocimiento, la experiencia de sí mismos frente al divino se revela como un hecho vital, que no puede envolver tampoco las relaciones humanas. Afirmar que la oración es diálogo con el Tú no puede más que producir un compromiso para hacer madurar nuestra capacidad de diálogo con los otros tú. Hablar con otro quiere decir expresarle nuestro ser, escuchar y acoger su ser, responder significa reconocer que el otro tiene algo que decirle a nuestra existencia y a la búsqueda de sentido en ella.



Experiencia de oración e historia personal

Sin embargo, la oración no suprime ni el temperamento personal ni las dificultades de las cuestiones que nos salen al paso y tampoco asegura cualquier infalibilidad: esto se precisa para huir de la tentación de tratar la oración como cualquier técnica o metodología terapéutica que deba aplicarse a situaciones de malestar para tener sus beneficios. No se trata por tanto de una experiencia de la interioridad, enganchada a los lazos con la historia, sino más bien ella representa el momento privilegiado en el que las relaciones históricas están puestas en discusión y en conexión con lo que vivimos: frente al Absoluto podemos aceptar y vivir en todo los aspectos, construir y también contestar nuestra historia personal.

La oración sostiene las decisiones, da sentido a las opciones fundamentales de la existencia, haciendo superar los riesgos de la fragmentación, de la dispersión y de la fragilidad ligadas a la condición de vida espacio-temporal. Los inevitables conflictos de la historia personal, la cual se enlaza y se





compenetra con la historia de los demás hombres, se recomponen y encuentran un sentido delante de Aquél que nos ha creado.

En la oración el hombre se hace capaz de tomar conciencia de cómo vive, de expresarlo y al mismo tiempo de criticarlo, ella desarrolla en la vida un papel de crítica, de verificación permanente. Pero la experiencia de la oración exige, para ser sincera y honesta, una actitud, un modo de mirar la realidad y a los hombres, es decir un modo de vivir en el mundo, que esté en grado de contestar de modo evidente las instancias y las convicciones del tiempo y de la cultura: es decir, se trata de reclamar la lógica de la gratuidad, como base de toda relación humana auténtica. Es decir, se trata de abandonar la lógica del preguntar para tener, adoptando la del responder para ser.

La oración, lejos del revelarse como una experiencia de alienación o un sector separado respecto a la vida, se presenta como elemento indispensable y constitutivo de la existencia humana.



F. PERAZZOLO

1- ¿De dónde surge la necesidad de orar?

2- ¿Cómo has vivido la experiencia de estar de rodillas y como te lanza está a un crecimiento personal?

3- En tu experiencia y enriquecida con la lectura, ¿para qué sirve la oración?

4- ¿Qué exigencias (o consecuencias) implica para la persona una verdadera vida de oración?

5- Después de esta lectura y este compartir, ¿qué es para ti la oración?

